



rior al hombre y capaz de satisfacer la razón; obra en todas las cosas públicamente por medio de cortos concilios, discusiones, hasta el punto de que cada determinación es tomada después de una deliberación en común. Las mismas herejías prueban cuánta actividad reinaba en aquel cuerpo en que la autoridad parecía deber sofocarla. «Jamás sufriré la servidumbre del espíritu, decía un obispo (1); me parece que se rebaja demasiado el que está obligado á ocultar su pensamiento.»

El cristianismo había sentado como base de toda doctrina, lo que hay de más general en las creencias y en la razón humana. De consiguiente, sólo restaba que trabajase en los entendimientos, á fin de elevar la ciencia sobre tan inconcuso fundamento, resultando de aquí la regeneración completa del saber y el inmenso progreso, que es fruto de la armonía. Desgraciadamente la opinión individual ocupó en breve el puesto de la fe universal; y entre problemas imposibles de resolver, se consumieron el tiempo y las fuerzas, para construir sistemas inciertos en cuanto al derecho, y efímeros por lo que respecta al hecho; el carácter de la universalidad se extravió en reformas parciales, y las especulaciones no fueron ya un engrandecimiento del orden de la fe bien asegurada, sino un retroceso á teorías particulares, á escuelas exclusivas, á hipótesis gratuitas.

Á pesar de que las condiciones de la sociedad de entonces y los infortunios que sobrevinieron retardaron los frutos que debían recogerse, quizá no existía una sola mejora de los tiempos más civilizados, que no se encuentre, á lo ménos en germen, en los libros de los Santos Padres. Habiendo sucedido á los apóstoles y á los mártires, para sostener con la sabiduría y con la palabra las nuevas creencias, que habían nacido con el pueblo, desarrollándose también entre el pueblo, rompieron el perpétuo círculo de la imitación, en que había estado como encantada la literatura profana, y formaron el siglo de oro de la literatura cristiana; pudiendo nosotros estudiar en sus escritos muchas particularidades de la historia de los pueblos,

(1) Sidonio, Ep. XIII, 18.

los progresos lentos, si bien incesantes, de la revolución más basta, y los obstáculos que le opuso la ciencia, apoyada en las antiguas prácticas, hasta que fué llamada á sustentar con doble energía las nuevas.

Ya antes de Augusto, las producciones del espíritu y de las artes no se proponían sino excitar los apetitos personales, al paso que las enseñanzas de la Iglesia fomentaban en los fieles una pasión completamente social. Al leer los autores profanos, parece como si escribiesen en países distantes de todo tumulto, dentro de la Roma triunfal y llena de confianza en sus divinidades: tal era la puerilidad con que cantaban al borde del sepulcro, incensando por reminiscencia á las inmortalidades ya difuntas.

Con razón despreciaron los Padres de la Iglesia el arte, reducido á condición tan miserable; ellos que, tronando desde lo alto del púlpito, discutiendo en el concilio, ó cantando en la soledad, eran siempre los hombres de la realidad y de su tiempo, y sentían y revelaban los padecimientos de una sociedad moribunda; ellos, héroes de la caridad y de la oposición cuando en los demás no se veía sino baja lisonja, ó resignación afeminada ó dolorosa paciencia.

Después de luchar en los cuatro primeros siglos contra el paganismo, proclamando la libertad de creer y de adorar, y la libertad de la conciencia independiente del César, estaba completo el triunfo, y se necesitaba echar los cimientos del nuevo edificio, consolidar la disciplina, depurar y esclarecer las creencias.

Preciso fué dar nuevos combates. Á cada paso surgían herejías, ora contra la fe, ora contra la moral, ora contra la disciplina; porque Cristo no había dicho que impelerían su barca vientos favorables, sino que ninguna tempestad la haría zozobrar. Actualmente han perdido su significación aquellas herejías, y sin embargo, subsisten como los esqueletos de animales antediluvianos, que dan testimonio de violentas evoluciones. Además, todo el que renuncie á lo que más se opone á la profundidad, esto es, el desden y la burla, reconocerá que cada una de aquellas opiniones ejerció un influjo eficaz en el curso de las cosas y en las



ideas que comunican impulso á la humanidad.

Los padres, al refutarlas, se valen á veces de razones tan generales, que con ellas se puede contestar con las innovaciones que abundan en todos tiempos. Así Tertuliano en sus *prescripciones*, quiere probar que las herejías no conducen al verdadero cristianismo, porque cada una es nueva en comparación de la verdad existente desde el principio; porque los herejes, abandonados á su propio juicio, carecen de regla y de objeto en las disputas que empeñan con la Iglesia; porque sus opiniones se contradicen entre sí, y cada una pretende poseer la verdad (1). Si alguna vez el espíritu de disputa arrastró realmente, ya á discusiones frívolas, ya á frases amargas, y acumuló dificultades en el sendero que la fe debía desembarazar para marchar una y segura, compadezcamos estos extravíos de la razón humana que, conociendo haber recuperado la libertad, abusaba de ella, como el niño á quien le quitan las mantillas.

Más instructivo y consolador es contemplar aquellos sacerdotes, que sin interés ni esperanzas terrestres, se derramaban por todo el mundo, y enlazaban á los pueblos con la Iglesia por medio de la caridad; palabra que el pueblo comprendía, sintiendo en ella una verdad más que humana; palabra que hacía amar á la religión que había inspirado.

Algunos se refugiaron en la soledad, necesidad de las almas disgustadas de la corrupción, ó destrozadas por las tempestades. No les acusamos de la ociosidad y de la indolencia, ántes de considerar cómo el hombre debe empezar la enmienda por sí mismo; y qué influjo ejerció en las imaginaciones bárbaras aquel entusiasmo de penitencia, superior á cuanto tiene de frágil la voluntad humana, y sin hacer memoria de que en aquella severa escuela se prepararon los Jerónimos, los Crisóstomos, los Atanasios á resistir á las seducciones del error y á las amenazas del poder.

Por ellos se difundió con el cristianismo un conocimiento más exacto de los deberes de fa-

(1) Estos son los mismos argumentos que empleaba Nicole contra los protestantes en las *Preocupaciones legítimas*.

milia, de ciudadano, de hombre; por ellos cayó la superstición, y fueron depositados nuevos gérmenes en el seno de la civilización antigua, á fin de que no pereciese todo el naufragio. Por ellos la Iglesia se afirmó en el orden social como autoridad pública, como república moral; fundió las virtudes lánguidas que quedaban á los romanos corrompidos, con las incultas y enérgicas que poseían los bárbaros; aplicó remedio á los vicios de los primeros, y proporcionó educación á la grosería de los segundos; abarcó en su universalidad al mundo, como en un vínculo de beneficencia, de humanidad, de tolerancia y de caridad protectora; opuso á los misterios de la carne y á la sabiduría de los sentidos un espiritualismo sublime; á las rapiñas sanguinarias de los invasores el dogma de la fraternidad universal; conservó el depósito de las letras y la tradición de las artes; vigorizó con sus severos mandatos la flaqueza de los entendimientos, reanudó las comunicaciones entre las provincias divididas y disputadas; distante de una rigidez exclusiva, aunque inmutable en el dogma, se adaptó al carácter de las diferentes naciones; y las discusiones, las herejías, los ritos tomaron distinta forma entre los sirios y los griegos, entre los africanos y los latinos, mientras que por todas partes se hacía sentir la lucha del convencimiento, la elevación del entusiasmo, la santificación de la caridad.

El siglo más importante en la historia eclesiástica es verdaderamente el que consideramos: en él los oprimidos se convirtieron de repente en dominadores. Si hemos hablado de la Iglesia más que de lo restante, es porque á ella se retiraba la vida á proporción que huía del cuerpo social del imperio; y cuando todos rehusaban los empleos civiles como una insostenible carga, los sacerdotes se sometían á desempeñarlos, quedando sólo en pie en medio de las ruinas, como los arquitectos de un nuevo edificio. Sabiendo que su reino no era de este mundo, y que la caridad les obligaba á ser útiles y á salvar, en cualquier parte, acudían allí donde se padecía, se colocaban entre el tirano y los oprimidos, entre el invasor y las poblaciones avasalladas. Á los reyes predicaban el



comun origen y la preferencia debida á los pobres; al pueblo inculcaban la sumision razonada. Se ofrecian á los gobernantes como consejeros, y como tutores á las sociedades que habian vuelto á caer en la infamia. Un obispo galo hacinó el trigo en los graneros, y cuando fué devastado el país, los abrió; Martín, Remigio, Ambrosio, Paulino fueron los héroes de aquella edad.

Sin ellos, ¿qué hubiera sido del mundo, invadido por hordas que se empujaban unas á otras ignorando de dónde venian, adónde iban, si bien sintiendo un impulso superior que las llevaba hácia el Capitolio? Demasiado dolorosas fueron las violencias de la invasion; pero causaron ménos daño que la débil agonía; y semejantes á las inundaciones del Nilo, dejaron un cieno fecundador, despedazaron las instituciones que se oponian al progreso, y constituyeron nuestra sociedad, fundada no en la fuerza y la exclusion, sino en la razon y en el amor.

Esta es ya una diferencia capital entre los tiempos de que hemos hablado, y aquellos á que nos aproximamos. En los primeros, las sociedades estaban dominadas por un principio único: en la India y en el Egipto regia la teocracia, la autoridad paterna en la China, la monarquía en Persia, la libertad en Grecia, el Estado en Roma. De aquí el aspecto robusto que aparecia en los hombres y en los hechos; de aquí tambien los excesos, empujando á veces la república á abusar de la libertad, y la monarquía de la servidumbre: todas las cosas se impregnaban del mismo carácter, y la literatura y las artes eran la expresion de un estado único en la sociedad.

Al revés entre los modernos, las ideas y los sentimientos luchan entre sí y se limitan recíprocamente. Colócase la aristocracia al lado del gobierno de uno solo ó del consejo, y todos son tenidos á raya por una potestad eclesiástica, que no permite deducir las últimas é implacables consecuencias, ni aún de principios mal establecidos. De consiguiente, allí la unidad de fundamento produjo la tiranía; aquí la franquicia nació de la variedad. Allí la educacion, única y dominante, imprimia senti-

mientos y opiniones uniformes para toda la vida, miéntras que entre nosotros, la que se recibe en las escuelas con los vestidos de antiguos recuerdos, es corregida por las lecciones que da la sociedad. Allí el uso, el ejercicio, el progreso de la civilizacion estaban confiados al gobierno; esto es, á los privilegiados, no en cuanto obraban individualmente, sino en cuanto concurrían juntos á la accion pública; por el contrario, entre los modernos la civilizacion es de interes público; pero queda enteramente abandonada á la actividad libre y privada de cada ciudadano, miéntras que los gobernantes atienden al desempeño de los negocios públicos, á conservar la sociedad y á remover los obstáculos que se oponen á su marcha. La autoridad, que era el único vinculo entre los antiguos, está reemplazada entre los modernos por el vinculo de las costumbres: existia allí más independencia política, pero para un corto número de privilegiados; entre nosotros hay más independencia personal, y para todos; pues los antiguos consideraban á los ciudadanos, nosotros al hombre.

Y es hombre todo el que posee un alma racional. La division establecida desde los primeros tiempos entre los hombres, quedó abolida por la igualdad religiosa; y para llegar de ésta á la igualdad civil, no hay más que deducir las consecuencias. Antes los vencidos lo perdian todo, porque perdian sus dioses; ahora el cristianismo, dando un solo Dios á todos, fundó un nuevo derecho de gentes. Si la Iglesia no proclama en alta voz el derecho del esclavo á la libertad, proclama el deber que tiene el hombre de ser bueno, y por consiguiente de no ensañarse con el siervo, de no abusar del cuerpo de éste, de no matarle ni azotarle, y sí de amarle como á sí mismo. Aún para los que se mostraron más humanos en la antigüedad como un César, un Germánico, consistia el heroísmo en degollar cruelmente á todo el que era enemigo; pero apenas se hizo Constantino cristiano prometió dinero por cada enemigo que le presentáran vivo. Ya en lo interior no habrá que atender á la ventura de un corto número de hombres, con la opresion de millares sin derechos y sin nombre; ya no será sa-



crificada la poblacion de los campos para ventaja de las ciudades; la tarea de los siglos futuros tendrá por objeto extender á todos la seguridad, la educacion, la dignidad moral. No bien llegaba á gastarse en las edades anteriores el principio único en que descansaba la sociedad, tenían que caer necesariamente de un modo más ó ménos rápido. Así pereció la Persia cuando los sátrapas se declararon independientes; la Grecia, cuando el predominio macedónico sobrepuso los reyes á las repúblicas; así Roma, cuando sus victorias la indujeron á hacer iguales los derechos entre las naciones

vencidas y sus ciudadanos, hallándose fundada originalmente en la diferencia y en la exclusion. En los siglos modernos, si un elemento sucumbe, ocupa otro su puesto. Se trasforman las naciones, mas no perecen; completan sus revoluciones políticas, morales, económicas, sin desaparecer de la haz de la tierra; hasta cuando son encadenadas por la fuerza brutal, no las abandona la esperanza; y en vez de entregarse á imponentes quejas, alimentan una confianza activa en la restauracion y el progreso.